

Discurso de aceptación del IX Premio Martín Recuerda de Teatro por “La Reforma Incompleta”, de Álex Hernández-Puertas

Hola a todos, buenas noches y gracias por estar aquí. Hoy es un día especial, en muchos sentidos. Es un día triste, porque como ya se ha dicho, es el primer año que nos falta Martín Recuerda... Hoy es un día complicado, porque comienza la campaña electoral... Hoy es un día mágico incluso, porque sale a la venta Harry Potter... Y para mí es también un día alegre... porque por fin me he puesto al día con la hipoteca... algo por lo que le estaré a este Jurado eternamente agradecido. Bueno, eternamente, o hasta la próxima subida del Euríbor.

En un día tan feliz, sólo tengo una cosa que lamentar: no haber escrito esta obra antes. No me entiendan mal. Lo que siento es llegar unos meses tarde para haber recibido el premio de manos del propio José Martín Recuerda. No me detendré a hablar de él, porque no tuve el placer de conocerle personalmente. Algo me dice que nos habríamos caído bien. Además, es un raro placer poder conversar con un dramaturgo; un dramaturgo de los de verdad. Escasean. Se conocen pocos, ¿verdad? ¿Saben por qué?

Se lo voy a decir: hay poca gente que escriba teatro igual que hay pocos agricultores que cultiven perejil: la gente no trabaja en cosas que no dan dinero. Es triste pero es cierto. Hay que ganarse la vida, y eso no deja mucho espacio para la dramaturgia. Aunque a veces pensemos que metiendo el pie, por ejemplo ganando un premio, ya está el camino abierto, la realidad es bastante más complicada. Dejen que les cuente.

Hablaba hace pocas semanas de esta obra, “La Reforma Incompleta”, con un amigo, después de haberse hecho pública la noticia del premio. Él es un director bastante reputado a nivel andaluz y yo diría que nacional, que en su momento me dirigió y me enseñó muchas cosas en esto del teatro. Él me preguntaba, “¿es comercial, tu obra?” Y yo me paré a pensar qué le podía decir de “La Reforma Incompleta”... Que es compleja, está llena de referencias cinéfilas, tiene monólogos memorables y personajes tridimensionales, es metateatral...

Pero entonces, cuando estaba a punto de abrir la boca para venderle la obra a mi amigo, desfilaron frente a mis ojos una serie de imágenes –como cuando dicen que uno va a morir y ve su vida pasar en un segundo– yo vi una rápida sucesión de casas de la cultura... centros cívicos de barrio... escenarios montados sobre cajas de cerveza donde después de la representación tocará una banda que hace versiones de reggaeton...

Las palabras se me congelaron en el aire... me aguanté una lagrimilla... y todo mi discurso se convirtió en un sonoro y contundente... *NO*. No, “La Reforma Incompleta” no es una obra comercial, mamá. No te voy a poder regalar el chalé este año tampoco.

“¿Y qué es comercial hoy día?”... me preguntará mi madre cuando salgamos de aquí. Pues mira, mamá, son comerciales... los musicales de la Gran Vía de Madrid... y un puñado de compañías catalanas que son mucho más grandes que sus propios espectáculos... y quizá alguna obra contemporánea, siempre que incluya algún actor de la tele... pero así, obras que se puedan montar y mover por aquí, por el sur, sin grandes presupuestos ni el apoyo de la Generalitat... sólo hay una cosa. Mi amigo el director lo tiene muy claro, y es lo que monta todos los años: los clásicos.

¡Los clásicos funcionan siempre! Nos hablan de su propio tiempo, y a la vez nos hablan de temas universales que trascienden las épocas, nos hablan de nosotros mismos. No pasan de moda. Gustan a la crítica y al público, a los expertos del teatro y a los espectadores casuales...

¡“Pues escribe un clásico”, me dirá mi madre! Ahhhh bien pensado, sí señor, chica lista. Jóvenes, hacedme caso: vuestra madre siempre lleva razón. Si tu madre dice que escribas un clásico, tú te sientas y escribes un clásico. Pero, ¿cómo se hace eso? ¿Cómo se hace un clásico?

Pues vamos a ver cómo se han hecho los clásicos. Cojamos a Shakespeare, por ejemplo. Shakespeare se sentó un día y escribió “Enrique VI”. Bueno, no la escribió entera ese día, que es muy larga, son tres obras, tardó más. El caso es que la escribió y a alguien le debió gustar, porque Shakespeare siguió escribiendo. Si nadie le hubiera hecho ni caso, igual se hubiera dedicado, no sé, a cultivar perejil, pero el caso es que siguió escribiendo. La cronología no es muy clara pero se calcula que la siguiente debió ser “Titus Andronicus”, todos ustedes la han leído, ¿verdad? ¿No? ¿La han visto representada? ¿Alguno? Bueno, de esos primeros años son también “Ricardo III”, “La Comedia de los Errores”, “Los Dos Caballeros de Verona”... Algunos títulos ya van siendo más familiares para el gran público, ¿verdad? En realidad sus auténticos best-sellers, si me permiten la expresión, o sus taquillazos, “Romeo y Julieta”, “El Sueño de una Noche de Verano”, “Hamlet”... empezaron a llegar varios años después.

Y digo yo, ¿qué hubiera pasado si Shakespeare se hubiera tenido que dedicar a ganarse la vida cultivando perejil? Pues que no habría pasado de escribir la tercera o cuarta obra, como mucho. “Enrique VI” y “Titus Andronicus” habrían llegado, o no, hasta nosotros, pero nos habríamos quedado sin clásico.

Por suerte, los contemporáneos de Shakespeare no eran tontos. Había una compañía que montaba sus obras. Y gente que iba a verlas. Y a él le pagaban para que siguiera escribiendo. Shakespeare tenía un *empleo* como dramaturgo, ¿han oído alguna vez una cosa parecida? Ni siquiera de Martín Recuerda, a quien ya hoy podemos llamarle clásico de nuestras letras sin empalago, podemos decir que fuera un *dramaturgo profesional*. Los derechos de autor no bastaban, y se tenía que dedicar a la enseñanza.

En el caso de Shakespeare, fue precisamente el tener un empleo como dramaturgo lo que le permitió trabajar sin distracciones, mejorar como autor obra tras obra, probar distintos géneros, pulir sus textos a lo largo de años y de revisiones... Le permitió, en definitiva, llegar a escribir clásicos. Porque un clásico no se escribe de la noche a la mañana. Hace falta talento, sí, pero, ¿qué puede hacer hoy un autor con su talento si se pasa el día trabajando en jornada partida de lunes a sábado? Se puede meter su talento donde no brilla el sol, y no me refiero precisamente a los teatros. Hace falta talento, pero también hace falta dedicación, y tiempo.

Los clásicos no salen de debajo de las piedras, evidentemente, pero si repasamos la historia del teatro, tenemos un buen número de clásicos, ¿no? Por lo menos, uno cada década o dos. A lo que yo me pregunto, ¿cuál habrá sido el clásico de los 90? O el de este principio de siglo, ¿quién será? ¿Alguno de los nueve ganadores del Martín Recuerda? Permítanme que lo dude: no, no seremos ninguno de nosotros. Y esta no es una declaración hecha desde la modestia, la hago más bien desde la resignación. Porque, aunque no conozco personalmente a los anteriores ocho ganadores, puedo apostar a que ninguno “tiene un empleo como dramaturgo”.

“¿Y por qué, si escriben tan bien, nadie les paga para que escriban?”, se preguntarán las madres de los ocho anteriores ganadores. Pues es muy sencillo, señora: porque después, las compañías no montan sus obras. Porque si las compañías montan sus obras, las casas de la cultura y los centros cívicos no las contratan. ¡Y no las contratan porque están contratando a las compañías que montan los clásicos! Todos van sobre seguro.

Así que aquí va, voy a decir lo que tengo que decir: ¡tengo que romper una lanza en CONTRA de los clásicos! “Pero qué dice este ignorante, blasfemo, que le quiten el micro, que le quiten el premio, ¡que le corten la cabeza! ¡Cómo se atreve...!” Lo siento, señoras y señores, me atrevo. Porque me empiezo a temer que los clásicos de ayer nos puedan estar dejando sin los clásicos del mañana.

Imagínenlo así: imaginen que van al cine y en la cartelera SÓLO hay clásicos. Películas estupendas, claro, de Fritz Lang y de Buñuel y de Orson Welles, las que ustedes prefieran. ¿Se lo imaginan? Vamos, las cifras de taquilla serían para echarse a llorar. El cine, al fin y al cabo, es una forma de arte, pero también es una forma de narrativa, y no podemos pasarnos toda la vida contando la misma historia. Ahí ha estado la huelga de guionistas para demostrar que no se puede narrar sin narrador. Lo mismo ha pasado con las series: los guionistas estadounidenses han reinventado el formato, y sin ellos, no hay nada que hacer. Es como si aquí la tele sólo emitiera el Un, Dos, Tres y Verano Azul. ¡Sería la forma de conseguir que este país viera menos la tele! No piensen mal de mí, no pretendo comparar a Chanquete con Shakespeare. Lo que intento decir es que no sólo de obras maestras consagradas vive el hombre. Y en el mundo del teatro, es lo que hacemos. ¿Se imaginan una huelga de dramaturgos? ¡Sería de risa!

El teatro está en crisis, protestamos, y los teatreros pedimos ayuda a las instituciones, y las instituciones nos ayudan: aquí está la prueba. La unión de Junta, Diputación y Obra Social le ha dado un espaldarazo gigantesco a un texto que hasta ayer no era más que un documento de Word en un pendrive. Y tenemos que agradecerles que lo sigan haciendo año tras año: ilusionar a los aprendices de dramaturgo. Un aplauso, por favor, para ellas y ellos, por su dedicación...

Ya es un tópico el chiste de que los políticos y los funcionarios nunca hacen nada, pero miren, los políticos y los funcionarios ya han hecho su parte, ahora nos toca a todos los demás. Un texto teatral está muerto si no se lleva a escena. Ahora nos encontramos, Aurora y yo y seguramente los otros siete ganadores, con una obra premiada que hay que sacar a la calle, y eso sirve para poco si las compañías no quieren montarlas porque los teatros no están interesados en programarlas. Que sí, que el teatro está en crisis, pero no hacemos nada por abrirlo a un público más amplio. Discúlpeme que sea tan reduccionista, pero es que (salvo quizá honrosas excepciones como este mismo teatro) a veces da la impresión de que las salas más modestas sólo programan clásicos, y las salas más establecidas sólo programan obras de vanguardia para el intelectual teatrófilo.

Soy el primero al que le gusta la experimentación, y soy el primero al que le encantan los clásicos, me encantan Shakespeare y Lorca y Wilde. Es más, ¡yo no estaría hoy aquí, ni me habría molestado en estrujarme las neuronas durante tres años para escribir “La Reforma Incompleta”, si no hubiera leído a Shakespeare y Lorca y Wilde! Si no fuera por ellos, y si no fuera por mi amigo que me dirigió y me enseñó, ¡y sobre todo si no fuera por mi madre, yo hoy no estaría aquí ni habría escrito esta obra!

Pero echo en falta un espacio para los **textos** teatrales de hoy. ¿No hay un hueco para el teatro de hoy? ¿No hay un espacio para que el teatro contemporáneo hable, como los clásicos, de temas universales a la vez que habla de su propia época, que es, casualmente, la misma época de sus espectadores? Habrá quien diga que no hay público, pero esos espectadores están ahí: emigran a Madrid a ver musicales y, con suerte, textos de autores contemporáneos (casi siempre extranjeros) interpretados por actores de series de televisión... unos textos que a Granada, si nos llegan, es un día o dos del Corpus.

Así que desde este teatro al que admiro, y desde este escenario que hoy me han permitido usurpar unos minutos, tengo que hacer un llamamiento a todos los programadores de teatro del mundo (que no están aquí, así que va a dar igual, ¡pero no importa, queda muy épico! ¡Esto es puro teatro!) Les pido, a todos los señores concejales de Cultura de los ayuntamientos más pequeños del mapa, a todos esos técnicos de luces que por falta de personal acaban encargándose de llenar las carteleras de su sala, a todos los políticos y funcionarios que mueven circuitos, festivales y subvenciones, les pido en definitiva, como decía, a todos los Programadores de Teatro del Mundo, les **ruego** que apuesten por nosotros. No sé si por mí, ya lo he dicho: “La Reforma Incompleta” no es comercial; ya ha apostado por ella el Jurado y yo me doy con un canto en los dientes. No sé si por Aurora Mateos, cuya obra escucharemos dentro de un momento. Busquen el talento. Curioseen un poco, indaguen, y elijan. Y apuesten. ¡Apuesten por los dramaturgos en paro! Apuesten por los **TEXTOS** de hoy. Apuesten por los clásicos del mañana. ¡Prográmenlos! Como público, queremos verlos. Como sociedad, merecemos tenerlos. Señores programadores, tienen ustedes el poder de hacer llegar mensajes que la gente DEBE oír, a gente que está deseando escucharlos. Sean un poco originales. Atrévanse. Arriésguense entre clásico y clásico a sacar a sus escenarios lo que nadie nunca ha visto antes. Porque si no lo vemos ahora, quizá nadie llegue a verlo después.

Muchas gracias.